

El Concilio Vaticano II y el ecumenismo

Pedro Langa Aguilar, OSA

Teólogo y ecumenista

E-mail: langaguilar@gmail.com

Recibido: 19 junio 2012

Aceptado: 5 julio 2012

RESUMEN: Con el Vaticano II el ecumenismo dejó de ser una asignatura dentro del currículo seminarístico para convertirse en una «dimensión» de la Iglesia, por lo que el decreto *Unitatis redintegratio* (UR) es considerado como una de las piezas maestras del Concilio. Lo que desde entonces, con sus altas y bajas, ha vivido la Iglesia católica supuso y sigue suponiendo un cambio estructural.

PALABRAS CLAVE: ecumenismo, *Unitatis redintegratio*, dimensión de la Iglesia, cambio estructural.

Second Vatican Council and Ecumenism

ABSTRACT: With the Vatican II, the ecumenism stopped being a subject in the seminary studies to become a «dimension» of the Church. That is the reason why the Decree *Unitatis redintegratio* (UR) is seen as a very cornerstone of the Council. What the Catholic Church has gone through since then, with its ups and down, involved and still does a very structural change.

KEYWORDS: Ecumenism, *Unitatis redintegratio*, dimension of the Church, structural change.

Benedicto XVI pretende con el Año de la Fe hacer memoria de los gozos y esperanzas del Concilio Vaticano II. Se supone que también de las decepciones, para cuyo propósito podría servir el ecumenismo, ese movimiento surgido en la escocesa Edimburgo de 1910 al que dieron apoyo sucesivas citas mundiales, comprendida la de 1948 en Amsterdam con la funda-

ción del Consejo Ecuménico de las Iglesias (CEI). Desdichadamente Roma declinó estos encuentros y a través del Santo Oficio prohibió acudir a ellos. Hoy produce casi rubor asomarse a semejante página de inflexibilidad.

Pero llegó Juan XXIII y la Iglesia católica cambió de rumbo. Convocado el Concilio y listo el Secreta-

riado de la Unidad, un clima de cercanía se fue poco a poco imponiendo al de la distancia. Así llegó a reconocerlo el patriarca Atenágoras al afirmar: «La Iglesia católica está imbuida del amor y la paz de Cristo». Roma, pues, se metió tan a fondo en el movimiento que, a partir de entonces, éste ya no habría de ser una disciplina más en los estudios, sino «dimensión de cuanto se haga en la Iglesia».

Lo más ecuménico del Vaticano II es, sin duda, el decreto *Unitatis redintegratio* (UR), cuya introducción empieza reconociendo un progresivo aire de unidad fuera de los católicos, desliza su discreto homenaje al CEI y tira de lleno por la *koinonía*. Cerrado aplauso merece el rótulo del capítulo primero: «Principios católicos sobre el ecumenismo». Sólo hay, en efecto, un ecumenismo, cuyos principios, por otra parte, van articulados bíblicamente con los de la constitución *Lumen gentium*. Admite asimismo fuera de la Iglesia católica elementos vivificantes como Palabra de Dios, vida de la gracia, fe, esperanza y caridad, amén de otros dones del Espíritu Santo. La misma Iglesia de Roma ve comprensible la necesidad de su propia catarsis. En resumen, se abandona el camino del retorno para emprender el de la comunión.

En la «Práctica del ecumenismo» –capítulo segundo, el más logrado– se ha querido detectar el «ecumenismo espiritual» del P. Couturier. Desde la oración al estilo *Ut unum sint* (Jn 17, 21) dicho movimiento debe tender a la renovación eclesial, sin la que sería imposible. Recomienda también que nos estudiemos unos a otros mediante conferencias, semanas, congresos, cátedras de tal asignatura. Por último, declara que «existe una jerarquía de verdades en la Iglesia católica», punto este, a juicio de Cullmann, «el más revolucionario no sólo del Decreto, sino de todos los documentos del Concilio».

Afronta el tercero, «Las Iglesias y las Comunidades eclesiales separadas de la Sede Apostólica Romana», desde dentro y no comparadas con la plenitud de la católica, defecto de la primera redacción. Refleja esmero eclesial el párrafo sobre las orientales. Para el protestantismo, en cambio, el Concilio eludió los detalles, dada su complejidad histórica. Sí destaca, pese a todo, la meta común del bautismo, Santa Cena, vida cristiana, cuestiones morales y sociales, un conjunto, en resumen, armónico y esperanzador. Sabido es que UR tiene sus detractores –«ruina de la Iglesia», llegó a disparatar Lefebvre–, pero también numerosos de-

fensores que lo consideran «una de las piezas maestras» del Concilio. La inquietud de los observadores tornando a sus países flotaba en el ambiente: ¿será Roma capaz de sacar esto adelante?

Horas antes de la clausura, Roma y Constantinopla habían borrado del recuerdo de la Iglesia las excomuniones del 1054: carecían de sentido tras el abrazo de Pablo VI y Atenágoras en Jerusalén, si alguna vez llegaron a tenerlo. Y en 1975, Año Santo de la Reconciliación, se acordó recordar de modo solemne aquella iniciativa: Pablo VI besó entonces los pies al representante de Constantinopla, Melitón de Calcedonia, quien lo interpretó como «gesto de santidad, reconciliación y mortificación, generador de intensa espiritualidad». También fue Pablo VI a Ginebra, sede del CEI (10.VI.1969), y habló de su misión como sucesor de Pedro y qué significaba en su pontificado el nombre de Pablo, así como del progreso y dificultades en un ecumenismo inspirado por el Espíritu Santo. Su matizada negativa a entrar por entonces en el CEI defraudó a cuantos esperaban luz verde, es cierto, pero no cerró puertas.

Con Su Gracia Michael Ramsey suscribió en San Pablo Extramuros la declaración con que se iniciaba el ininterrumpido e inaca-

bado diálogo anglicano-católico (24.III.1966). Allí fue donde Pablo VI, en un gesto de los suyos, colocó su anillo de Milán en el dedo del ilustre huésped. De allí salió la Comisión mixta anglicano-católica, cuyo empuje a las relaciones fue tanto mayor cuanto más sonoro el timbre de sus primeros documentos. Colosal talla ecuménica, en resumen, la del papa Montini: nunca el ecumenismo había estado tan presente como en sus funerales.

A Juan Pablo II le tocó enriquecer la gloriosa herencia recibida del diálogo de la caridad y promover el teológico, entonces en mantillas. Su viaje de 1979 por Ankara, Estambul, Éfeso y Esmirna propició la forja conjunta de la Comisión mixta encargada de abrir singladura teológica. El de Alemania (15-19.XI.1980) acabó mejor de lo esperado: leídos desde la distancia, sus discursos irradian calor humano, delicadeza y hasta poesía. También él visitó Ginebra (12.VI.1984) donde admitió que la reunificación eclesial era difícil –no imposible–, y abogó por una creciente cercanía en la investigación bíblica, la oración y el compromiso por los derechos humanos. El diálogo anglicano-católico, por otra parte, revela también copiosos frutos. Lo de más relieve en 1987 fue, sin duda, *Redemptoris*

Mater, encíclica por cuyos números 29-33 la brisa ecuménica discurre a caballo entre una exposición panorámica de María en la liturgia bizantina y un breve comentario sobre los más célebres iconos marianos del Oriente. Pese a ciertas críticas protestantes, primoroso documento ecuménico al fin.

La Iglesia católica dialoga hoy mediante comisiones mixtas con las Iglesias ortodoxas en conjunto, la Iglesia copta, la Comunión anglicana, la Federación luterana mundial, la Alianza mundial de las Iglesias reformadas, el Consejo mundial metodista, los Discípulos de Cristo, la Alianza baptista mundial, los Movimientos pentecostales mundiales, y los «Evangélicos», de igual modo que elaborando documentos tan célebres como Dombes, Lima 1982, y Basilea («Paz con Justicia») obra éste de la Conferencia de Iglesias europeas y el Consejo de las Conferencias episcopales europeas (15-21.V.1989). La novedad de Basilea consistió en que por primera vez desde la separación de Ferrara-Florenia (1431-1439), los católicos participaron, a partes iguales, con hermanos de otras confesiones cristianas en la organización de la Asamblea. Trabajaron juntas las tres grandes ramas de la cristiandad: ortodoxos, protestantes y católicos, o como dijo

ante Juan Pablo II el arzobispo de Uppsala: la Iglesia de Pedro, la de Pablo y la de Juan.

En cuanto al llamamiento de la encíclica *Ut unum sint* se antoja, a todas luces, lo más revelador desde 1054 y el siglo XVI. La unidad en ella se abre paso como *compromiso irreversible*. Igual que el caluroso exhorto a que los ecumenistas recuperen su quehacer unificador, tiendan puentes sobre las diferencias étnicas y raciales, y conjuren la permanente amenaza de los nacionalismos. Considera a la ortodoxa «Iglesia hermana» junto a la cual los católicos buscan «la unidad completa en la diversidad legítima». Pero lo más audaz tal vez sea la petición a ortodoxos y protestantes para que ayuden a reinterpretar el primado. Novecientos cuarenta y un años después de la separación Oriente-Occidente, y cuatrocientos setenta y ocho años después de la occidental y el luteranismo el obispo de Roma pedía también a estas instancias ayuda para diseñar una nueva expresión pontifical en el tercer milenio, como ministerio de unidad para toda la Iglesia de Cristo.

Pueril sería empeñarse en lo de la unidad rota. La unidad *ya existe*, es el don que Cristo otorgó a su Iglesia. No partimos en ella de cero, pues. La tarea ecuménica consiste aquí, más bien, en darle ma-

El Concilio Vaticano II y el ecumenismo

yor expresión teológica y una forma eclesial más completa entre la diversidad legítima. Porque es Cristo –no los cristianos– el autor de tal unidad. A este movimiento, eso sí, corresponde el expresarla en la historia. En tal sentido el Jubileo-2000 marca un antes y un después en el ecumenismo católico, cuyo crescendo a finales del siglo XX se vio amortiguado como consecuencia, ya de un anglicanismo pronto al sacerdocio femenino, ya del tedioso argumento uniata. Durante la primera parte del XX, los ecumenistas surgían de la base mientras la jerarquía, salvadas siempre honrosas excepciones, estaba en otra onda. A partir del 2000, sin embargo, los papeles empezaron a cambiar y la masa del pueblo a sentirse punto menos que indiferente y fría, como si este movimiento no fuese con ella. De donde se deduce que las conductas jerárquicas parecen traerle sin cuidado. Urge, por tanto, conjurar los nuevos peligros.

El primero no es otro que un ecumenismo de ilusiones y utopías. El segundo, creer que sólo vale lo que termina en acuerdos teológicos. Un tercero nos remite a la impaciencia: ¡como si lo contrario fuera inactividad o resignación! Cuesta creer que aún haya seminarios sin esta asignatura cuando lo ideal sería explicar y vivir la teología ecumenicamente.

¿Y qué decir de las sectas? Juan Pablo II convocó en 1990 un extraordinario encuentro cardenalicio para su estudio. Antiecuménicas de la cruz a la fecha, el propio ecumenismo corre por ellas grave peligro. Asimismo es un reto la apertura de la Comunión anglicana al ministerio femenino y de homosexuales, raíz de una crisis a la que Roma procura responder con la constitución apostólica *Anglicanorum coetibus* y los Ordinariatos. Porque la gravedad aquí no estribaría tanto en la ordenación misma, que también, como en haber procedido contra los acuerdos de las comisiones mixtas haciendo caso omiso de la Tradición. Fuera, en fin, la imposición de quienes sostienen que la unidad es sólo un apéndice de la Iglesia.

A quienes pensaban –los hubo y sigue habiendo– que Benedicto XVI daría carpetazo a esta causa, habrá que recordarles su primer saludo a las delegaciones ecuménicas: «Siento fuertemente la necesidad de reafirmar el *compromiso irreversible*, asumido por el Concilio Vaticano II y proseguido durante los últimos años también gracias a la acción del Pontificio Consejo para la unidad de los cristianos». De hecho, su abrazo a Bartolomé I en Constantinopla como «voluntad común –diría el car-

denal Kasper después– de superar centenares de años de alejamiento» data del 2006. En 2007 subrayó ante los cardenales el «compromiso de formas de comunicación que no hieran la sensibilidad de los otros cristianos». Ya en 2008, Bartolomé I pronunciaba la homilía ante el Sínodo de la Palabra. Y 2009 brilló por el Año Paulino y por *Anglicanorum coetibus*, lo más ecuménico sin duda de su pontificado. «Para mí –afirmó en San Pablo Extramuros– es motivo de íntima alegría que la inauguración del Año Paulino asuma un carácter ecuménico peculiar por la presencia de numerosos delegados y representantes de otras Iglesias y comunidades eclesiales, a quienes acojo con corazón abierto». Si la beatificación de Newman, de quien el Papa Ratzinger tan devoto se siente, llenó el ecumenismo de 2010, 2011 destacó, en cambio, por lo interreligioso de Asís, que ya no es igual, aunque lo parezca.

Estrictamente hablando diálogo interreligioso no es ecumenismo. Roma, sin embargo, también lo fo-

menta como dimensión integral de la evangelización. Diálogo, pues, entre Iglesias y religiones: he ahí el compromiso que ahora mismo se dibuja por el horizonte. Secundarlo no debe ser óbice para que los cristianos enarboles la bandera de Cristo en la nueva evangelización. Con fe más evolucionada que el monoteísmo islamo-judío, la cristiandad sabe que emprende una singladura llena de arrecifes, pues estas religiones del Libro no admiten el misterio de la Trinidad ni, por supuesto, que Jesús de Nazaret sea el Hijo de Dios encarnado. Pero tampoco desafíos así, por grandes que sean, deben conducirnos al desinterés. Lo más grande del Vaticano II y la unidad todavía no se ha escrito por falta de coraje. El ecumenismo –causa de Cristo en y por la Iglesia– impone dialogar hasta donde sea posible. El nuevo directorio ecuménico viene a recordarles a los católicos que si la diversidad es, como alguien dijo, la gran musa del mundo, la unidad fue siempre la reina de los epinicios y el dulce lazo del amor. ■